

# La agricultura urbana y el cultivo de sí

## Los huertos de ocio a la luz de las dinámicas neorrurales

### *Urban agriculture and the growing of the self. Leisure gardening in light of new-rural dynamics*

**Fernando RICHTER**

Universidad de Deusto

[f.richter@deusto.es](mailto:f.richter@deusto.es)

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº6: 129-145]

Artículo ubicado en: [www.encrucijadas.org](http://www.encrucijadas.org)

Fecha de recepción: octubre de 2013 || Fecha de aceptación: diciembre de 2013

**RESUMEN:** La agricultura urbana vive en la actualidad un auge verdaderamente significativo. Los huertos colonizan azoteas, terrazas y balcones en las viviendas particulares. Gestionados por asociaciones vecinales o promovidos por la administración pública, se instalan en solares abandonados y en los intersticios entre edificios. Incluso aparecen súbitamente en los lugares más insospechados como producto de nuevas formas de bio-guerrilla, lúdica y no-violenta. Sin embargo, la significación que demuestra el fenómeno actualmente contrasta con su carácter histórico. Mientras que su función principal a lo largo de la historia ha sido la producción de alimentos, en la actualidad este estímulo ha sido relegado a un segundo plano para beneficio de su práctica como actividad lúdica, y de su vivencia como una experiencia de ocio que subyace a una amplia relación de significados. Por otro lado, convergen en este fenómeno determinadas dinámicas simbólicas relacionadas con la neorruralidad, el consumo y la búsqueda nostálgica de una autenticidad difuminada. Los estudios de ocio se manifiestan como un prisma especialmente interesante desde el que mostrar la complejidad que el fenómeno despliega y ofrecer algunas de las claves que puedan contribuir a su comprensión.

**Palabras clave:** agricultura urbana, huertos urbanos, neorruralidad, experiencia de ocio.

**ABSTRACT:** Urban agriculture is currently experiencing a truly significant boom. Gardens colonize rooftops, terraces and balconies in private homes. Managed by neighborhood associations or promoted by the public administration, they are installed in abandoned plots and between the interstices of buildings. They appear suddenly in the most unexpected places as result of new forms of non-violent bio-guerrilla. However, the current significance of the phenomenon shows contrasts with its historic character. While its main function throughout history has been the production of food, now this has been relegated to the background for the benefit of its practice as a recreational activity, and its experience as a leisure experience that underlies an extensive list of meanings. Some symbolic dynamics, associated with new-ruralism, consumption and a nostalgic searching for authenticity happen to meet in this phenomenon. Leisure Studies appear as a particularly interesting lens through which to show the complexity of the phenomenon, and to offer some of keys that can help understanding it.

**Keywords:** urban agriculture, urban gardening, new-ruralism, leisure experience.

## 1. Introducción

A pesar del dulce momento que vive hoy la agricultura urbana, no se trata de un fenómeno reciente. Los huertos urbanos han formado parte del proceso de constitución de las ciudades y su desarrollo se ha visto estrechamente relacionado con depresiones económicas, crisis energéticas, guerras, hambrunas etc.; siempre bajo una perspectiva funcional dirigida hacia la productividad de alimentos y la subsistencia. Sin embargo, la significación que demuestra este fenómeno en la actualidad contrasta con su carácter histórico.

Hoy en día es posible descubrir múltiples iniciativas de agricultura urbana cuyo objetivo principal se aleja de la mera producción de alimentos. La educación medioambiental, el desarrollo comunitario, la participación ciudadana, el ocio o el ejercicio físico son tan sólo algunos de los nuevos sentidos que adquieren estos espacios y que re-significan la propia práctica. Algunas de estas significaciones, incluso, retan la lógica de determinadas instituciones contemporáneas, estableciendo interesantes dinámicas simbólicas.

Por otro lado, podemos comenzar a distinguir la manera en que florecen injertos sociales genuinamente modernos en estructuras fragmentadas, líquidas y aparentemente intransitables, más propias de una lógica posmoderna. Atendiendo a las entrelíneas de un creciente número de actividades, es posible intuir ciertas voluntades colectivas que recuperan prácticas y maneras pretéritas casi extinguidas, así como la reconstrucción de identidades y sentidos a través de su experiencia. Y es precisamente en el ocio, como espacio vital de libertad, desarrollo y disfrute, donde esta tendencia (una más dentro de la heterogeneidad posmoderna) se muestra más visible. En este sentido, el carácter inédito que despliegan actualmente los huertos urbanos representa lo que podría interpretarse como el ejemplo de una corriente que apunta en esta dirección. Dicho carácter, además, juega entre dos universos de sentido, la urbanidad y la ruralidad, que hallan precisamente en el ocio un nuevo punto de encuentro.

Es sin duda esta simultánea convergencia interdisciplinar y la ebullición del fenómeno en la actualidad lo que motiva su investigación. Sin embargo, y como se veremos a lo largo del artículo, la agricultura urbana no atraviesa una mera expansión geográfica, sino que despliega paralelamente un desarrollo tanto en forma como en significado.

Tanto la reflexión como los datos que se expondrán a lo largo del presente artículo nacen del marco teórico de una tesis doctoral en curso. El objetivo de dicha investigación es profundizar en la significación de la agricultura urbana en cuanto a experiencia emergente de ocio y fenómeno social en expansión. Al tratarse de un proyecto aún abierto, el alcance de la investigación es, hasta la fecha, exploratorio; sin embargo, se presentarán a continuación algunos de los resultados obtenidos en el proceso de análisis documental y en una serie de entrevistas preliminares semiestructuradas realizadas a determinados agentes expertos. Para estas entrevistas exploratorias hemos contactado con tres personas vinculadas profesionalmente con la agricultura urbana. Dos de ellas son los técnicos responsables de los huertos urbanos municipales de Vitoria y Santander. El tercero de los casos es el fundador y gerente de una empresa de alquiler de huertos de ocio en Bilbao que cuenta actualmente con más de 200 usuarios o practicantes. Dichos encuentros han constituido uno de los pilares fundamentales en la obtención de las primeras impresiones acerca del fenómeno, por lo que a continuación podremos encontrar también algunas citas literales extraídas de estas conversaciones. Podemos decir, en consecuencia, que el alcance de los resultados expuestos es exploratorio.

La metodología utilizada para su obtención, reflejada a lo largo del trabajo, incluye principalmente una revisión bibliográfica sistematizada, un análisis documental del rastreo en internet y una serie de entrevistas en profundidad semiestructuradas. En este sentido, el objetivo del trabajo que sigue y de la investigación en su con-

junto, no persigue tanto explicar una serie de variables como comprender las condiciones de posibilidad desde la que los sujetos construyen un universo de sentido en torno a esta práctica. Debido a la naturaleza exploratoria del estudio en estos momentos, quizás no sea riguroso asegurar que lo que aquí se presenta describe una parcela de la realidad; a ello contribuirá, sin duda, la elaboración que se está llevando a cabo de un exhaustivo mapa de experiencias de agricultura urbana en el País Vasco. Así, desde este artículo intentaremos sobre todo dar cuenta de un fenómeno emergente, mostrar parte de la complejidad que éste despliega y señalar algunas de las claves que ayudarán en el futuro a comprenderlo.

De este modo, el texto que sigue se compone de un primer bloque en el que reconstruiremos someramente la deriva histórica de la agricultura urbana hasta finales del siglo XX. En segundo lugar expondremos algunas de las características más significativas de esta práctica en la actualidad, mostrando así su carácter inédito y la complejidad del fenómeno. A continuación, mediante un necesario proceso de problematización, transformaremos en objeto de estudio lo que hasta el momento tan sólo habría constituido un ámbito de la realidad. En esta ocasión, y pese a que la investigación global se sirve también de otros constructos teóricos a la hora de crear el objeto de análisis, prestaremos especial atención a algunas de las interesantes dinámicas rururbanas que comprende el fenómeno. Finalmente agruparemos las ideas principales en un apartado de conclusiones que recogerá al mismo tiempo los límites y las posibilidades del proyecto.

## 2. Orígenes de la agricultura urbana

La agricultura y el desarrollo urbano constituyen dos realidades estrechamente relacionadas. De hecho, los primeros asentamientos humanos fueron posibles gracias al perfeccionamiento de una tecnología agrícola. Desarrollados los principios básicos del cultivo de la tierra, la estabilidad territorial se hizo posible, quedando desplazado el nomadismo como forma de vida mayoritaria y posibilitando así un aumento demográfico y la constitución las primeras ciudades referenciadas del mundo antiguo. Es por esto que se sitúa en el Neolítico la primera revolución urbana. Sin embargo, no es hasta los primeros pasos de la industrialización europea, ya en el siglo XVIII, cuando se puede hablar de la existencia de unos huertos urbanos semejantes a los que conocemos en la actualidad.

### 2.1. La agricultura urbana en el siglo XIX. *Poor Gardens*

En los orígenes de las primeras ciudades industriales de Europa los huertos urbanos desplegaban un marcado carácter productivo y asistencial. El crecimiento morfológico y demográfico de las ciudades industriales elevó los índices de pobreza urbana, lo que motivó numerosas acciones que vieron en la actividad agrícola una eficiente medida paliativa desde el punto de vista asistencial, y un complemento salarial perfecto bajo un prisma industrial (Rivière, 1905). De este modo, esta clase de huertos fue conocida también como *Poor Gardens* (King, 2007).

A excepción de determinadas experiencias localizadas en algunas ciudades alemanas, en ningún caso el ocio formó parte de los objetivos esenciales de estos huertos urbanos. Se trataba de espacios de carácter productivo ya que cumplían principalmente funciones de autoabastecimiento para una población que, venida en su mayoría del mundo rural, paliaba las dificultades económicas mediante esta clase de cultivos. En su mayoría, el reparto y la gestión de este tipo de huertos se llevaban a cabo desde organismos públicos municipales o desde parroquias locales. Sin embargo, en determinados países como Reino Unido o Francia, las grandes fábricas se vie-

ron obligadas por ley a ceder una serie de terrenos para su cultivo por parte de los trabajadores, quedando dicha gestión en manos privadas.

Dentro de los objetivos que cumplían estas iniciativas existían también estrategias sociopolíticas y culturales de mayor calado, cuyos intereses, además de los asistenciales, se relacionaban con la expansión de una ética ligada al paladeo de las satisfacciones derivadas de la tenencia de una propiedad privada, del trabajo y de la productividad, así como a una moral concreta, alejada de prácticas o placeres considerados vulgares y groseros (Rivière, 1905).

De este modo, a lo largo del siglo XIX, los huertos urbanos eran contemplados como un complemento salarial obrero o como una medida asistencial ofrecida a familias pobres y personas necesitadas, pero siempre bajo un mismo carácter netamente productivo.

## **2.2. La agricultura urbana en la primera mitad del siglo XX. War Gardens**

Durante la primera mitad del siglo XX, la agricultura urbana continuó expandiéndose por las ciudades europeas. Sin cambios significativos en la concepción de su naturaleza, el carácter de los huertos urbanos vino definido principalmente por su relación con ambas guerras mundiales. El contexto bélico en un país supone para la población una mayor dificultad en la obtención de productos básicos como los alimentos, y a su vez obliga a priorizar determinados recursos, como el transporte, para hacer llegar a las tropas destinadas armamento, munición y bienes de primera necesidad. De este modo, las economías de guerra idearon nuevas formas de abastecimiento donde la agricultura urbana desempeñó un importante papel. Tanto en Europa como en Estados Unidos se definieron programas para fomentar el cultivo de alimentos en los centros y en las periferias de las ciudades. Se proyectaron planes a tal efecto que encontraban en el sentimiento patriótico uno de sus principales recursos motivacionales. Esta clase de huertos urbanos se conoció como *War Gardens* (Morán, 2011a).

Durante la I Guerra Mundial, fue en el Reino Unido donde se iniciaron proyectos agrarios de estas características. Así, se pasó de la existencia de 600.000 huertos urbanos repartidos en distintas ciudades en el año 1916, a un volumen total cercano a 1,5 millones de parcelas en 1919 (King, 2007). Medidas similares fueron tomadas en otros países como Alemania y Estados Unidos. Sin embargo, finalizada la guerra, la mayoría de estos terrenos volvieron a ser destinados a sus usos originales como zonas deportivas, lúdicas o recreativas en los centros urbanos.

Los resultados de las prácticas de cultivo urbano fueron valorados muy positivamente por los diferentes gobiernos implicados en la primera Guerra Mundial. Así, ante el estallido de la segunda Guerra se iniciaron planes y programas que pusieran de nuevo en marcha iniciativas de agricultura urbana de emergencia. Se transmitía a la población una idea por la cual, cultivando sus propios alimentos colaboraban de manera indirecta con la economía del país y, por extensión, con las tropas destinadas en el frente. Ejemplos de estas campañas ideológicas fueron “*Dig for victory*” en el Reino Unido y “*Victory Gardens*” en los Estados Unidos (respectivamente “*Cavad por la victoria*” y “*Huertos de la victoria*”) (Morán, 2011a). Se realizaron incluso boletines educativos, programas de radio y películas formativas en los que se ilustraba a la población sobre el cultivo de alimentos y el cuidado de animales de granja, llevando así las prácticas agrarias al centro de las ciudades y a todos los estratos de la población

Se puede afirmar, por tanto, que del mismo modo que la mayoría de los huertos urbanos en el siglo XIX, en los denominados *War Gardens* se identifican la subsistencia y la producción de alimentos como las funciones principales de la agricultura urbana. Asimismo podemos encontrar numerosos retornos adicionales u objetivos

complementarios, como el uso eficiente de los sistemas de transporte, el fomento del carácter comunitario y del sentido de lo público, el sentimiento identitario colectivo, la creciente participación de las mujeres etc. Sin embargo, como decíamos, la naturaleza productiva de esta clase de prácticas constituye también la significación esencial de los *War Gardens*.

### **2.3. La agricultura urbana en la segunda mitad del siglo XX. *Community Gardens***

Finalizada la II Guerra Mundial, el número total de terrenos cultivados por particulares, en cesión o arriendo, descendió a unas cotas poco superiores a las cifras previas a ambas guerras. Durante las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, los huertos urbanos recobraron un sentido de auxilio asistencial dirigido a las familias y personas más necesitadas. Sin embargo, nuevamente un periodo de dificultades hizo florecer la agricultura urbana.

En los años setenta, la crisis energética, la desindustrialización y la recesión económica derivaron también en el desalojo de numerosos espacios urbanos y periurbanos en los Estados Unidos y Europa. Este abandono se hizo visible, sobre todo, en barrios deprimidos o con menos recursos, por lo que nacieron en ellos determinadas iniciativas ciudadanas y municipales relacionadas con los huertos urbanos, concibiendo éstos como espacios óptimos para la producción de alimentos y la regeneración urbana y comunitaria.

Una de las iniciativas ciudadanas de mayor repercusión fue la conocida como *Green Guerrilla*, asociación fundada en Nueva York en los años setenta (Guerrilla, 2003). Se trataba de un grupo formado por personas con sensibilidades medioambiental, ecológica, social, y en muchas ocasiones, artística. Uno de sus objetivos era llamar la atención sobre esta serie de espacios desalojados y abandonados para promover en y a través de ellos una regeneración urbana que tuviese como eje transversal la sostenibilidad, el respeto medioambiental y el refuerzo de los lazos sociales comunitarios. Para ello, entre otras acciones, bombardeaban literalmente solares y azoteas en barrios deprimidos con bolas de arcilla en las que introducían semillas.

Estas iniciativas se reprodujeron en ciudades estadounidenses como Berkeley, Utah, Detroit, Chicago o Los Ángeles, y muchas de ellas pueden visitarse hoy. Asimismo, experiencias similares se dieron en Europa al mismo tiempo, como las denominadas *City Farms and Community Gardens*, cuyo ámbito de acción sobrepasaba el huerto para iniciarse, incluso, en la cría de animales de granja en los terrenos periurbanos (Garden, 2004).

Así las cosas, tras la II Guerra Mundial, los huertos urbanos comenzaron a recobrar en las ciudades el protagonismo que habían perdido. Sin embargo, y aunque poseían aún un inherente carácter productivo, su naturaleza había sufrido, por primera vez de manera generalizada, una ramificación en su sentido. La agricultura urbana comenzó a contemplarse entonces como un espacio de posibilidades para el desarrollo comunitario, la cohesión social y la educación medioambiental, alcanzando así a nuevos sectores demográficos y a nuevos lugares físicos, como las azoteas de algunos edificios. Este sentido comunitario hizo que aquellas primeras iniciativas se conociesen como *Community Gardens* (McKelvey, 2009).

Como puede verse, los orígenes modernos de los huertos urbanos demuestran en su práctica un exclusivo sentido productivo asociado a la subsistencia. Si bien se relacionan con beneficios y retornos adicionales, éstos son considerados más como un golpe de efecto que como fines en sí mismos. Sin embargo, a partir de la década de 1970, la agricultura urbana comienza a abrirse tímidamente hacia nuevos significados, nuevas formas y nuevos modelos de organización, cambiando en esencia la naturaleza de esta clase de prácticas, alineándose junto a otros

movimientos sociales del momento como la defensa medioambiental, y suponiendo la eclosión de un fenómeno que en la actualidad continúa desarrollándose.

### 3. Los huertos urbanos en la actualidad

Mediante una definición que abordaremos de manera crítica a lo largo del apartado, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), describe como “Agricultura Urbana” aquella actividad agrícola llevada a cabo en pequeñas superficies (por ejemplo solares, huertos, terrazas, márgenes, recipientes o azoteas) situadas dentro de los límites de una ciudad y destinada a la producción de cultivos y la cría de ganado menor o vacas lecheras para el consumo propio o para su venta en mercados de la vecindad (FAO, 1999).

En la actualidad asistimos a un verdadero auge del fenómeno que suponen los huertos urbanos. Son muchas las ciudades en las que las propias administraciones públicas los promueven activamente, con resultados crecientes de participación e implicación (Time, 2013). Asimismo, se han creado numerosas asociaciones por todo el mundo cuyos objetivos giran en torno a la práctica de la agricultura urbana como actividad central, sea ésta una meta o una herramienta para lograr otros fines (Garden, 2004). Ahora bien, no se trata tan sólo de la mera expansión geográfica de un mismo fenómeno, sino del desarrollo multidimensional de éste.

Es posible advertir en la naturaleza de este repunte características hasta ahora inéditas, así como significaciones diferentes a las que el fenómeno mostraba en periodos anteriores. La agricultura urbana constituye una actividad que, por propia naturaleza, se asocia con factores motivacionales como la productividad alimentaria o la conciencia medioambiental, sobre todo si, como ocurre en la actualidad, confluyen circunstancias de crisis económica, energética y de medio ambiente. Así, una parte de la realidad actual de este fenómeno viene explicada por los sedimentos de significación que sus distintos usos históricos han ido posando sobre la actividad. Podemos ver cómo los huertos urbanos cumplen todavía hoy funciones productivas, educativas, medioambientales, energéticas, sociales, comunitarias etc. Algunas iniciativas concretas, como la *Green Guerrilla* o los *Community Gardens*, cuyos orígenes están situados en la década de 1970, continúan hoy con sus actividades, y suman nuevas dimensiones a su labor principal, como la educación ambiental en centros escolares o la inserción social de personas en riesgo de exclusión. Vemos, por lo tanto, cómo el fenómeno ha crecido y se ha abierto a nuevas posibilidades y demandas, originando así nuevas significaciones. Se ha diversificado, ocupando nuevos espacios y estableciendo nuevos sentidos en la relación que une a la actividad con sus practicantes, así como a la actividad con el entorno urbano. Los huertos colonizan azoteas, terrazas y balcones en las viviendas particulares. Gestionados por asociaciones vecinales o promovidos por la administración, se instalan en solares abandonados y en los intersticios entre edificios. Incluso aparecen súbitamente en los lugares más insospechados como producto de nuevas formas de bio-guerrilla<sup>1</sup>, lúdica y no-violenta.

De este modo, como señalábamos, además de un incremento realmente significativo en la práctica de la agricultura urbana, podemos apreciar una resignificación del propio fenómeno, que se abre a nuevas formas de actividad, a nuevos espacios, a nuevos colectivos y a nuevos estímulos; desarrollando así, y cambiando en esencia, su carácter.

---

1 Dentro de las denominadas Bio-Guerrillas quedan comprendidas aquellas organizaciones que llevan a cabo formas de acción directa no-violenta relacionadas con la lucha por los derechos al uso del suelo, el desarrollo sostenible y la participación ciudadana. Algunas de estas iniciativas, como las realizadas por la Guerrilla Gardening o la Green Guerrilla, consisten en ocupar y cultivar espacios de terreno baldío, o bombardear con terruños de arcilla y semillas distintos espacios urbanos como azoteas y solares. El objetivo de estas acciones es visibilizar sus demandas y llamar al activismo ciudadano.

### **3.1. La expansión del fenómeno**

En el año 2000 se estimaba que unos 800 millones de ciudadanos de todo el mundo (FAO, 1999) participaban en actividades relacionadas con la agricultura urbana o periurbana (AUP), situación que se mostraba en progresivo crecimiento y según la cual, hasta dos tercios de los hogares urbanos y periurbanos participan en esta clase de agricultura (FAO, 1999). Otros estudios indican que el 7,5% de todos los alimentos consumidos en el mundo son producidos por agricultores urbanos (ETCGROUP, 2009). Este crecimiento se considera estructuralmente posible gracias a la adaptabilidad y a la flexibilidad que ofrece esta clase de actividad agrícola frente a la rural. En muchas ocasiones el cultivo se lleva a cabo en espacios de difícil acceso, en los corredores de salida de las ciudades, en los márgenes de las vías de tren y, por supuesto, en balcones, azoteas y solares abandonados.

La propagación de esta clase de agricultura durante las dos últimas décadas es una realidad con múltiples indicadores. A falta de estudios exhaustivos que aborden esta realidad, no es posible cifrar con facilidad el nivel de imbricación de la agricultura urbana en nuestras ciudades. Sin embargo existen múltiples señales que indican una creciente expansión de esta clase de prácticas. Además, la distinta naturaleza de estos testimonios pone de manifiesto tanto la difusión como el grado de penetración que el fenómeno ha adquirido en estos años.

Así, cualquiera que sea su modelo organizativo, es posible descubrir huertos urbanos a lo largo de ciudades de todo el planeta (Farming, 2012), incluyendo algunas de las principales y más pobladas. Existen iniciativas desde New York, Chicago y Ciudad de México, hasta Buenos Aires o Caracas. También las capitales de muchos países europeos cuentan con acciones, públicas o privadas, destinadas a este tipo de prácticas, como por ejemplo Londres, París, Berlín, Ámsterdam, Roma o Bruselas. Además, este fenómeno no constituye una realidad netamente occidental, ya que ciudades como Tokio, Pekín, El Cairo, Mumbai o Bangkok revelan una creciente participación en esta clase de cultivos.

En España, pueden descubrirse iniciativas similares en ciudades como Madrid, Barcelona, Sevilla, Santander, Valencia, Málaga, Vitoria y San Sebastián entre muchas otras (Germinando, 2013). Sin embargo, una de las cuestiones más reseñables de este hecho reside no sólo en su difusión, sino en el breve lapso en el que se ha llevado a cabo esta proliferación.

Otro indicador de la expansión del fenómeno podemos encontrarlo en el incremento de la producción científica dedicada al estudio de este ámbito. Si bien resulta complicado encontrar documentación de esta naturaleza anterior a la década de 1990, a partir de esta fecha, y sobre todo, a raíz del año 2000, la producción científica se dispara en una multitud de ámbitos, ya que la agricultura urbana constituye un área de interés para distintas disciplinas, entre las que destacan el Urbanismo (Morán, 2011b; Capel, 2002), los Estudios Medioambientales (Smit y Nasr, 1992; Monfort, 2011), la Sociología (Ballesteros, 1988; Zaar, 2011). A pesar de ello, las Ciencias Sociales carecen aún de estudios exhaustivos y en profundidad, asunto señalado como de necesidad por organizaciones internacionales como la FAO (1999).

Del mismo modo, pueden identificarse otras señales que ponen de manifiesto la creciente difusión del fenómeno, como el incremento de las notas de prensa relacionadas con la agricultura urbana, el elevado número de programas electorales que contemplan los huertos urbanos como un proyecto a desarrollar, el brote de diferentes empresas de servicios relacionados con las nuevas necesidades de esta práctica o, por supuesto, el significativo aumento de espacios virtuales de internet dedicados, desde diferentes perspectivas, a la difusión de la agricultura urbana

Podemos identificar, por lo tanto, numerosos indicadores que ponen de relieve la actualidad, la importancia y la imbricación de los huertos urbanos como fenómeno asentado y en expansión en numerosos países de todo el mundo, incluido España. Así, pueden identificarse múltiples señales, entre las que cabe destacar el creciente número de ciudades donde el fenómeno está presente, el incremento de los distintos modelos de gestión y el desarrollo de una marcada heterogeneidad entre los perfiles de los practicantes, el aumento de la producción científica que aborda su estudio, la presencia de estas experiencias en la prensa y, en forma de proyectos, dentro de los programas electorales de numerosos partidos políticos, el incremento de cursos de formación especializada en agricultura urbana, la emergencia de numerosas empresas de servicios orientados a las nuevas necesidades de esta actividad, y la dedicación de un creciente número de espacios web a las distintas dimensiones de esta clase de huertos. Incluso es posible encontrar programas informáticos para telefonía celular (*aplicaciones móviles*) asociados a la mejora de la eficiencia en este tipo de prácticas, lo que resulta muy significativo para comprender el nivel de imbricación de esta actividad.

### **3.2. La evolución del fenómeno**

Como podemos ver, los huertos urbanos constituyen una realidad ampliamente expandida en la actualidad, y son muchos los indicadores que así lo atestiguan. Sin embargo, el fenómeno atraviesa por un contexto en el que no sólo se propaga, sino que además se desarrolla. En este sentido, es posible identificar dos principales vías de evolución: las distintas formas que su práctica adopta, y los sentidos que ésta adquiere.

#### **3.2.1. La evolución en sus formas**

La agricultura urbana constituye el ejemplo de un fenómeno en desarrollo, en una evolución adaptativa que se ramifica hacia distintas dimensiones que éste genera a medida que avanza. En este sentido, hemos podido advertir en la deriva de su historia el modo por el cual ha ido adquiriendo diferentes significados, sobre todo a partir de 1970. Del mismo modo, las formas que ha adoptado su práctica se han ido desarrollando y han evolucionado en sus distintas dimensiones, como los modelos de gestión, los agentes implicados, los perfiles de sus practicantes o los espacios donde la actividad se lleva a cabo.

Así, además del significativo incremento en el número de huertos urbanos, cabe destacar el desarrollo que éstos han sufrido en cuanto a sus modelos de gestión. Hoy en día pueden encontrarse huertos urbanos pertenecientes a particulares, a entidades públicas municipales como ayuntamientos, patronatos o institutos, a empresas privadas, a asociaciones vecinales, a grupos autogestionados de personas con distintas finalidades como el impulso de un idioma, la educación ambiental o la mera producción agrícola, a centros educativos, sanitarios e incluso penitenciarios etc. De este modo, la gran multitud de agentes y orientaciones confluye en una extensa lista de posibles modelos de gestión.

“Incluso se dan casos como los de Zamudio, donde un propietario cede la gestión del proyecto a un intermediario, y éste dinamiza los cultivos mediante terceros usuarios.” (Experto nº3)

Por otro lado, si bien hasta la década de 1970 los perfiles de usuarios eran cultural y socioeconómicamente homogéneos, esta tendencia varía a partir de aquella fecha. Como hemos visto, los huertos urbanos son una realidad en muchos rincones del planeta, lo que facilita que, en la actualidad, la realidad de los practicantes de la agricultura urbana sea muy heterogénea. Si bien no se ha encontrado ningún estudio previo que analice exhaus-

tivamente esta perspectiva, la documentación revisada y las entrevistas preliminares mantenidas con expertos en esta área apuntan a que se trata de una actividad que incluye a personas de muy distintas edades, grupos sociales, nivel cultural o económico, sexo, religión, sensibilidad política etc.

“De todo. Aquí viene preguntando toda clase de personas, jóvenes y mayores, chicos y chicas, blancos y negros. Tenemos unos chinos que son la envidia de todos.” (Experto nº1)

Cabe destacar, no obstante, que parece existir una brecha generacional si atendemos a la variable edad. Los perfiles de practicantes parecen estar divididos mayoritariamente entre personas jóvenes y personas en edad de jubilación, o cercanas a ella. Por lo tanto, existe un notable menor número de usuarios cuyas edades se ven comprendidas aproximadamente, entre los 35 y los 55 años de edad.

“Ocurre que, quizás por cuestiones de trabajo, no hay tantos usuarios de mediana edad. Tenemos muchos jubilados y jóvenes, pero de 35 a 55 años no hay tantos.” (Experto nº1)

Por otro lado, también se intuye entre las personas jóvenes un determinado perfil más numeroso que otros. Se trata en este caso de una persona joven, urbanita, sin conocimientos previos sobre cultivo, y cuyas motivaciones principales son la práctica de ocio, una alimentación saludable y la defensa de un modelo de desarrollo sostenible. En este sentido, ante la pregunta por un determinado perfil mayoritario entre los practicantes, uno de los expertos consultados describe:

“Menor de 30, chicos y chicas parecido, jamás ha cogido una azada, sin la más mínima idea de cultivar, pero preocupado por el comer sano y por el medioambiente.” (Experto nº1)

Quizás sea en los espacios de práctica donde más visible se haga la evolución adaptativa del fenómeno. Mientras que los huertos urbanos han estado tradicionalmente asociados a terrenos de cultivo a pie de calle o escondidos en solares, detrás de alguna tapia, los usuarios actuales rastrean el espacio urbano, público o privado, re-significando lugares y ambientes para hacer posible el cultivo. Así, es posible encontrar una gran diversidad de micro-espacios dedicados a este fin, como balcones, azoteas, alféizares, patios interiores, solares abandonados, edificios semiderruidos, plazas públicas, glorietas, márgenes viales etc. Este desarrollo, de hecho, se considera estructuralmente posible gracias a la adaptabilidad y a la flexibilidad que ofrece esta clase de prácticas agrícolas frente a aquellas de tipo rural, así como a las férreas voluntades y estímulos que se encuentran entre sus practicantes. Así, esta realidad heterogénea que constituyen las distintas formas, espacios y modelos de gestión que adoptan los huertos urbanos en la actualidad, es conocida como *hortodiversidad* (Morán y Fernández, 2012), y es precisamente la creciente heterogeneidad que manifiesta, uno de los principales indicadores de esta evolución formal.

### **3.2.2. La evolución en sus sentidos**

Desde la década de 1970 y, principalmente, a partir de la entrada en el siglo XXI, la tendencia hacia la ramificación de estímulos y sentidos ha continuado en un ascenso vertiginoso y muy significativo, llegando a convertir los huertos urbanos de carácter netamente productivo en casos testimoniales o marginales. Como ya hemos visto, el fenómeno ha incorporado nuevos agentes a su creciente ámbito de acción, a partir de lo cual se han desarrollado múltiples modelos organizativos y de gestión, hasta ahora inéditos, en esta clase de prácticas. A continuación se ofrecerá una visión panorámica de la realidad heterogénea que constituyen las principales tipologías de huertos urbanos, si se atiende a la significación, al sentido o a la dimensión con el que se relaciona su práctica.

Según la experiencia y el conocimiento de los expertos entrevistados, la sostenibilidad medioambiental constituye una de las dimensiones más populares entre los huertos urbanos actuales, especialmente extendida entre sus practicantes más jóvenes. Gran parte de estas experiencias se inician a raíz de una reflexión desde los parámetros ecológicos de la insostenibilidad de nuestro nivel de vida, cuyos principios son, entre otros, el consumo de recursos por encima de la tasa de reposición, la producción de residuos por encima de la capacidad natural de absorción, y los procesos de exclusión económica y social asociados al acceso diferencial a los recursos y a un medio ambiente saludable etc. (Ballesteros, 2011). De este modo, numerosas iniciativas encuentran en la contribución a la sostenibilidad medioambiental un sentido a la práctica de la agricultura urbana.

Otra categoría dentro de estas acciones puede ser aquella caracterizada por la búsqueda de una alimentación más saludable, transparente o cuyos alimentos atraviesen cadenas de producción y distribución donde intervenga un menor número de intermediarios.

“Hoy en día no sabes los que comes, muchos tomates saben a plástico. Y producir de ese modo no es sostenible a largo plazo. La gente lo sabe cada vez más y con su huertito intentan solucionarlo un poco” (Experto nº2)

Existen también opciones políticas y culturales que encuentran en la práctica de la AUP nuevas vías de lucha social. Mediante el cultivo de huertos urbanos pueden canalizarse distintas demandas sociopolíticas, recogiendo así diferentes sensibilidades, como aquellas que abogan por la necesidad de un decrecimiento económico global o de un desarrollo urbanístico más sostenible, o aquellas que creen en las posibilidades de una mayor soberanía alimentaria o de una autosuficiencia energética. Incluso existen demandas relacionadas con identidades colectivas que encuentran en la producción de alimentos regionales autóctonos una vía de re-producción identitaria. En este sentido, la agricultura urbana es, para muchos de sus practicantes, una forma de lucha no-violenta y de participación ciudadana (REHD-MAD, 2012).

Por otro lado, la práctica del cultivo agrícola urbano puede resultar una actividad idónea mediante la que realizar un ejercicio físico suave y muy saludable, razón que anima, sobre todo, a numerosos usuarios de avanzada edad. Asimismo, existen grandes sectores de población aficionados al disfrute en y de la naturaleza, y por medio de los huertos urbanos, es posible re-encontrar emociones propias del disfrute de experiencias de ocio llevadas a cabo en un medioambiente natural.

“Además es un ejercicio físico suave perfecto para muchas personas mayores. De no ser por esto, estarían en el bar tomando vino y jugando a las cartas, o viendo la tele en casa. Desde que vienen aquí les ha cambiado la vida. Se relacionan con jóvenes, les enseñan trucos, se mueven...” (Experto nº3)

Son muchos los huertos urbanos gestionados, no por individuos particulares, sino por asociaciones de vecinos, grupos de consumo o de amigos, clubes etc. En ocasiones, estas asociaciones contemplan en su actividad objetivos de tipo comunitario orientados hacia el desarrollo urbanístico o social de un barrio, o hacia la aproximación entre sus vecinos. De esta manera, el desarrollo comunitario se muestra como otra de las posibles dimensiones de sentido que adquieren los huertos urbanos.

Por otro lado, es posible encontrar empresas privadas que ponen a disposición de sus clientes parcelas de tierra preparadas para su cultivo, así como todas aquellas infraestructuras o herramientas necesarias para realizar este trabajo. Se evidencia así que los beneficios empresariales pueden convertirse también en un sentido, una significación particular, o una dimensión economicista de la realidad de muchas experiencias de agricultura urbana.

La educación medioambiental, por su parte, también da origen a numerosos huertos urbanos en la actualidad. Gran parte de ellos se pueden localizar en centros escolares, ya que constituyen una actividad educativa para niños y niñas en periodo de escolarización.

“Para nosotros el huerto es una actividad de ocio y una excusa. Lo que hacemos es ofrecer esta actividad para que los chavales hablen en euskera mientras se divierten y aprenden de dónde salen las zanahorias.” (Usuario nº1)

Asimismo, no debemos obviar la finalidad, el objetivo o el sentido más antiguo de todos los que este fenómeno demuestra en la actualidad. Se trata de la productividad alimentaria como dimensión principal del cultivo de un huerto urbano. Si bien todas las categorías ya identificadas contemplan el cultivo de alimentos como un aliciente, como un beneficio o como una consecuencia deseable de su práctica, no todas reconocen en la producción de dichos alimentos el objetivo satisfecho de su práctica. Sin embargo, no por ello debemos ignorar aquellas experiencias hortícolas urbanas cuya significación demuestra un carácter principalmente productivo.

“No, la motivación no es esa (producir alimentos), pero si además de disfrutar te llevas unas lechugas y unos pimientos a casa, mejor que mejor.” (Experto nº2)

En este sentido, resulta poco verosímil la posibilidad de descubrir una significación concreta que unifique todas las dimensiones desde las que se experimenta el cultivo de un huerto urbano como práctica contemporánea. Como se ha visto, una misma iniciativa puede significar la defensa del medioambiente desde los parámetros de la sostenibilidad, la canalización de reivindicaciones políticas o culturales, una forma de participación ciudadana, la búsqueda de una alimentación más limpia o del contacto con la naturaleza, una estrategia de desarrollo comunitario, una excusa para realizar ejercicio físico, una actividad comercial, una experiencia educativa, una práctica meramente productiva o una opción de ocio. Debe comprenderse además, que no se trata de compartimentos estancos o cerrados. Estas dimensiones, significados o sentidos, no constituyen espacios cognitivos excluyentes sino complementarios. Así, resulta posible experimentar esta práctica desde una, dos o más dimensiones al mismo tiempo, a pesar de que una de ellas responda de manera más idónea al sentido último de dicha práctica.

De este modo, la heterogeneidad interna que demuestra el sentido de los huertos urbanos mediante la coexistencia de sus múltiples dimensiones, obliga, al menos, a un replanteamiento en la definición misma de agricultura urbana y periurbana.

Bajo la perspectiva que señalamos, el modo en el que la FAO comprende la AUP puede resultar reduccionista en la actualidad, ya que, como señala Ballesteros (2011), se trata de una definición que tan sólo hace referencia a la ubicación de los huertos, a la actividad que se desarrolla en ellos y al destino de su producción, ignorando las múltiples dimensiones con las que este fenómeno se relaciona, incluyendo, entre otras, las que acabamos de presentar.

#### **4. De la Agricultura Urbana como objeto de estudio**

Para poder obtener un objeto de análisis de lo que hasta ahora es tan sólo un ámbito de estudio debemos definir, dentro de unos límites conceptuales, la problematización de un aspecto concreto de esta realidad o área.

En este sentido, el proceso de problematización de nuestra investigación se centra principalmente en dos constructos teóricos que convergen y habitan en la compleja realidad que constituye la agricultura urbana en la actualidad. Estos constructos son: las dinámicas urbano-rurales que confluyen en prácticas concretas como la

agricultura urbana y la neorruralidad, y el paradigma de la experiencia en la recuperación y la resignificación de determinadas actividades aparentemente pretéritas a través del ocio. Sin embargo, debido a la temática del presente monográfico, lo que aquí se presentan son algunas de las claves teóricas que ofrece la agricultura urbana bajo la perspectiva de estas dinámicas neorrurales y rururbanas.

Como decíamos, en investigación, problematizar se identifica con un proceso por medio del cual se llega a plantear el objeto exacto a investigar. En palabras de Juan Luis Hidalgo, esta acción consiste en “preguntarse sobre la complejidad de lo real que hace insuficiente la explicación” (Hidalgo, 1997: 52). Así, algunas de las principales cuestiones en las que cabría profundizar pueden ser las siguientes: ¿Cuáles son los márgenes que acotan una agricultura propiamente urbana? ¿Cómo construyen los usuarios un universo de sentido que posibilite la lógica de una agricultura urbana? ¿Cómo se resuelven las dinámicas urbano-rurales en una práctica como la agricultura urbana, donde confluyen dos universos en aparente conflicto? ¿Qué papel juega el sistema de objetos y símbolos en la vivencia de esta práctica como una experiencia rural? ¿Podemos hablar de una práctica netamente rural o netamente urbana? ¿Es posible elaborar una tipología exhaustiva que abarque a todos los agricultores urbanos?

#### **4.1. Los huertos de ocio entre la urbanidad y la ruralidad**

Para comprender la complejidad que despliega este fenómeno en la actualidad se hace necesario conceptualizar los términos urbano y rural. Para ello resulta especialmente ilustrativa la perspectiva que el antropólogo Manuel Delgado esgrime en torno a las nociones de urbanidad y ruralidad. En su obra, Delgado comienza desgranando algunas ideas de Georg Simmel, Louis Wirth o Herbert Gans entre otros, quienes ya emancipaban conceptualmente lo urbano de la ciudad, así como lo rural del campo (Delgado, 1999). Bajo su punto de vista, el campo y la ciudad son meras composiciones espaciales que no deben ser interpretadas como equivalencias de la ruralidad o la urbanidad respectivamente. Así, mientras “ciudad” y “campo” son los significantes que señalan espacios físicos de una realidad sensible, “urbanidad” y “ruralidad” identifican el conjunto de relaciones, estímulos, vínculos, hábitos, condiciones y representaciones sociales cualesquiera que a una sociedad y en un espacio se refieran.

De este modo lo urbano quedaría definido “por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” (Delgado, 1999: 23). Los nexos que establece lo urbano son flexibles y no vinculantes, son líquidos, volátiles, temporales, disponibles e interpretables. Así, lo urbano se convierte en un espacio conceptual donde campa la incertidumbre y fluye la información. Se trata de un mundo en el que los individuos se enfrentan continuamente a nuevas otredades, provocando, en opinión de algunos autores, síntomas de *multifrenia* (Gergen, 2006), y donde se vive a menudo el vacío que suponen aquellos espacios carentes de identidad, relaciones e historia, acuñados como no-lugares (Augé, 2005). En definitiva, podemos identificar lo urbano como el producto cognitivo de aquellas relaciones sociales que generaliza, no la constitución de las ciudades en general, sino la modernidad en particular y cuyo icono, podríamos decir, es la evolución hasta la actualidad de la ciudad industrial. De esto se deriva que, como dice el autor:

Lo opuesto a lo urbano no es lo rural –como podría parecer-, sino una forma de vida en la que se registra una estricta conjunción entre la morfología espacial y la estructuración de las funciones sociales, y que puede asociarse a su vez al conjunto de fórmulas de vida social basadas en obligaciones rutinarias, una distribución clara de roles y acontecimientos previsibles, fórmulas que suelen agruparse bajo el epígrafe de tradicionales o premodernas. (Delgado, 1999: 24).

Así las cosas, la urbanidad o la ruralidad no quedan sujetas a los espacios sensibles que tradicionalmente se les han asociado, evidenciando así su naturaleza hasta cierto punto independiente de las configuraciones físi-

cas del espacio. En este sentido, cualquier análisis de lo urbano o de lo rural debería ser consciente de la posible emancipación entre su objeto de estudio y el espacio físico en el que se desarrolle. Preguntarse por la urbanidad de un determinado fenómeno social (por ejemplo, los huertos urbanos) no consiste tanto en constatar la localización de su anclaje físico como en describir la cualidad de las relaciones interpersonales que produce. De este modo, uniendo el cuerpo teórico de esta corriente antropológica a nuestro objeto de estudio, obtenemos una serie de cuestiones de partida interesantes.

En primer lugar podemos identificar la agricultura urbana dentro de los términos que ahora manejamos acerca de la significación de urbanidad y ruralidad. En este sentido, cabría suponer que, del mismo modo que encontramos en el seno de la ciudad ciertos “productores de urbanidad”, los huertos urbanos serían otros tantos “productores de ruralidad”. En contextos de intensiva urbanización los huertos de ocio constituyen islas de naturaleza en las que no pocos ciudadanos buscan refugio frente a los ritmos y las tensiones de su modo de vida. No se trataría sólo de buscar un aire menos polucionado o un menor nivel de ruido, sino de buscar alivio frente al desgaste psíquico que implican las relaciones anónimas y fugaces de la urbanidad. Si no se habla tanto de configuración física del espacio como de la cualidad de las relaciones interpersonales, es lógico suponer que esta búsqueda de refugio confluye en la construcción de formas de comunidad alternativas. Ahora bien, estas formas de comunidad no son tampoco las que Delgado considera propias de la ruralidad. En cuanto comunidades urbanas (y en muchos casos, de ocio), las relaciones que se cultivan en los huertos urbanos son sólo “hasta nuevo aviso” y mientras se mantenga la satisfacción personal que se sigue de la experiencia. Al no verse forzadas en su mayoría por la necesidad productiva, cuando la satisfacción desaparece, la práctica lo hace también, y con ella la comunidad:

Es que ahora es diferente, esto se vive desde el ocio. Es como tener un jardincito, pero que encima te alimenta. [...] Y esto es que es para el ocio, si quitas ese componente de ocio no tiene sentido. (Experto nº3)

Así pues, independientemente de la naturaleza jurídica del suelo que habiten, los huertos urbanos constituyen una suerte de espacio público urbano en tanto suponen un espacio cognitivo de relaciones maleables, de construcciones sociales interpretables, de vínculos flexibles y de comunidades disponibles o temporales. A pesar de que estos espacios y las comunidades que generan simulan las condiciones de ruralidad que lo identificarían como un fenómeno rural dentro de la ciudad, se trata de una producción netamente urbana.

Se trata sin duda de un fenómeno urbano. Nada tiene que ver con las huertas en el campo, no hay que confundirlas. Estas tienen unas cosas que aquellas no. [...] Lo notas hasta en los hábitos de la ropa que traen. (Experto nº2)

Pero entiéndase que estos huertos no son urbanos por estar enmarcados en una ciudad, sino porque en ellos se reproducen dinámicas simbólicas de urbanidad; por ejemplo, en lo que atañe a la vivencia y gestión de los tiempos de sus usuarios:

Urbano, urbanita total. Esto uno de campo ni si quiera lo entiende. [...] Donde más se nota, por ejemplo, es en los tiempos que manejan los que vienen aquí, traen los tiempos de la ciudad, no saben que el campo tiene otros. (Experto nº3)

Asimismo, dada la mentada emancipación entre las relaciones urbanas y los espacios físicos, pueden identificarse determinados espacios dentro de las ciudades, como aquellos lugares que favorecen especialmente la producción de relaciones de índole urbana. En este sentido, por ejemplo, debe interpretarse el análisis que hace Benjamin (2005) de los pasajes parisinos en el marco de su arqueología de la metrópoli moderna. Las galerías comerciales del siglo XIX producen al *flâneur*, que no es sino la figura tipo de habitante (o, mejor, transeúnte) de

la ciudad capitalista. Las estaciones de transporte público o los centros comerciales siguen produciendo hoy esas relaciones, esas “urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” de las que habla Delgado y, en ese sentido, son dispositivos productores de urbanidad.

Del mismo modo, cabe preguntarse por la naturaleza de estas comunidades, simulacros de ruralidad que nacen en ambientes urbanos. En este sentido podríamos contemplarlas bajo la perspectiva fugaz y disponible (urbana) de las comunidades guardarropa, como ese juego que describe Bauman (2004) entre las condiciones de seguridad que ofrece la comunidad a costa de la cesión de libertades individuales. Incluso es interesante su revisión bajo la perspectiva tribal de las “aldeas en la ciudad” de Michel Maffesoli (2004), donde el calor de la comunidad abriga y protege al sujeto del frío y la hostilidad urbanas.

Bajo la perspectiva de los estudios realizados en torno a la neorruralidad, por ejemplo, los huertos urbanos suponen un nuevo desafío para lo que podría interpretarse como una deslocalización del propio movimiento. Si bien, guiadas en su mayoría por el proceso de contraurbanización, las investigaciones que han profundizado en el fenómeno neorrural han fijado su trabajo de campo en las áreas rurales y en experiencias de éxodo urbano (Berry, 1976; Champion, 1991; Halfacree, 1994; Ferrás, 2007), la agricultura urbana podría constituir un nuevo paradigma dentro del fenómeno de la neorruralidad, anclando su actividad, ya no en ámbitos rurales sino en espacios urbanos.

En los primeros años del fenómeno la neorruralidad constituía un ejemplo de protesta social y política asociada al movimiento cultural de la contraurbanización (Berry, 1976). Las personas integrantes de este movimiento identificaron la ciudad como el icono de un modelo de desarrollo capitalista y moderno. Mientras tanto, los espacios rurales se asociaban más bien con ámbitos aún vírgenes, alejados del sistema establecido, puros en ética y estética. Debido a ello, la búsqueda de espacios rurales ha sido una constante en la vida de este fenómeno. Sin embargo, a medida que el movimiento ha evolucionado, las heterogeneidades internas han crecido y sus manifestaciones se han desarrollado dando lugar a nuevas interpretaciones y maneras de comprender o vivir la cultura neorrural. Como señalan De Pablos y Morillo,

“se pone en evidencia que algunas de las clasificaciones más convencionales (antiguos hippies, commuters, neoagricultores, padres preocupados por sus hijos, jóvenes jubilados) no son suficientes para dar cuenta de la complejidad del fenómeno. Bajo las prácticas y creencias que diferencian a esos distintos tipos de neorrurales, subyacen elementos menos visibles pero que igualmente configuran una base común, un conjunto de rasgos que van más allá del mero hecho de vivir en un determinado contexto o de llevar un estilo de vida similar” (de Pablos y Morillo, 2013: 3)

En opinión de estos autores, y pese a la compleja heterogeneidad interna que despliega el fenómeno de la neorruralidad, existen determinados rasgos que subyacen a las distintas manifestaciones de éste. Entre ellos destaca, por un lado, la voluntad de sacar adelante un proyecto de vida vinculado al imaginario rural que suponga cierta ruptura vital, y por otro lado, la búsqueda de la autenticidad mediante una compleja conjugación de objetos, éticas asociadas y representaciones sociales. En su análisis, De Pablos y Morillo concluyen que, si bien a medida que se profundiza en las posiciones discursivas del movimiento se advierten mayores diferencias (aunque sin llegar a constituir verdaderas tipologías), cabe la posibilidad de establecer dos grandes posiciones diferenciadas tomando como variables la intensidad y la forma con las que los sujetos expresan el rechazo a la sociedad de consumo. Esta división se concreta en la clasificación de sujetos utópicos y pragmáticos.

Otra posible perspectiva es la que realiza Rivera (2008) en su estudio sobre la neorruralidad y sus significados en el caso de Navarra. En este caso la autora, de manera muy interesante, evita caer en los efectos indeseados de la excesiva purificación conceptual y permite que sean los propios entrevistados quienes se definan a

sí mismos, o no, como neorrurales. De este modo, a través de una serie de entrevistas semiestructuradas fueron las propias personas entrevistadas quienes ilustraron la manera en la que ellos mismos construyen el universo de significados que constituye la neorruralidad, tanto desde los espacios y los objetos, como desde lo simbólico. Como resultado, no sólo se hacía posible una primera clasificación tipológica de los nuevos residentes rurales, (distópicos pragmáticos, utópicos de refugio y utópicos de arraigo) sino que además el imaginario simbólico de lo neorrural era construido y definido por sus propios actores.

Bajo nuestro punto de vista, la agricultura urbana constituye también la expresión manifiesta de una voluntad colectiva que se esfuerza por vincular un proyecto de vida personal al imaginario rural, práctica en la cual se conjuga tanto la ruptura vital con la cotidianidad moderna, como la búsqueda de una autenticidad ligada a la ruralidad entendida en términos relacionales. Así, mientras que la neorruralidad como fenómeno se ha visto tradicionalmente asociada a espacios rurales, la evolución de las nuevas dimensiones que adopta la agricultura urbana permite ampliar esta área de acción a nuevos territorios, urbanos en este caso, así como a nuevos agentes, formas de expresión y significados.

Por otro lado, resultan interesantes y esclarecedoras algunas de las paradojas de la neorruralidad como fenómeno. Tal y como recogen De Pablos y Morillo (2013), en la ética neorrural resulta casi una constante el hecho de que se inviertan algunos de los valores propios de la sociedad de origen respecto al trabajo o al consumo, mientras que en lo referente al ámbito del ocio, los viajes o la industria cultural no se da ese cambio de perspectiva.

Asimismo, cabe preguntarse por las razones que alimentan, desde la urbanidad, la búsqueda (quizá imposible de antemano) de redes propias de la ruralidad. Al igual que por la significación de algunas de sus paradojas. Por un lado se muestra revelador el hecho de que sean precisamente comunidades urbanas quienes produzcan redes de apariencia rural. Por otro lado, cabe preguntarse por qué precisamente en un espacio de libertad como es el ocio, determinadas iniciativas deciden institucionalizar redes comunitarias de tipo rural, caracterizadas precisamente por fórmulas de vida basadas en obligaciones rutinarias, heredadas y sancionadas por la tradición.

## 5. Conclusiones

La agricultura urbana vive en la actualidad un auge verdaderamente significativo. Los huertos colonizan azoteas, terrazas y balcones en las viviendas particulares; gestionados por asociaciones vecinales o promovidos por la administración pública, se instalan en solares abandonados y en los intersticios entre edificios. Incluso aparecen súbitamente en los lugares más insospechados como producto de nuevas formas de bio-guerrilla, lúdica y no-violenta. Sin embargo, la significación que demuestra el fenómeno actualmente contrasta con su carácter histórico. Mientras que su función principal a lo largo de la historia ha sido la producción de alimentos, en la actualidad este estímulo ha sido relegado a un segundo plano para beneficio de su práctica como actividad lúdica, y de su vivencia como una experiencia de ocio que subyace a la amplia relación de significados manifiesta.

Llegados a este punto, el proceso de problematización de la investigación se centra principalmente en dos constructos teóricos que convergen, habitan y atraviesan la compleja realidad que constituye el universo simbólico de la agricultura urbana, produciendo así un marco teórico donde se encuadra el objeto de estudio. Estos constructos sobre los que se edifica el objeto son a grandes rasgos: las dinámicas urbano-rurales que confluyen en prácticas concretas como la agricultura urbana y la neorruralidad, y el paradigma de la experiencia en la recuperación y la resignificación de determinadas actividades aparentemente pretéritas por medio del ocio.

Desde la óptica de las relaciones urbano-rurales, esta clase de agricultura constituye un reto para el estudio de las dinámicas clasificadas bajo el paraguas de la neorruralidad. Si bien los estudios realizados hasta la fecha asocian de manera casi determinante estas dinámicas con las áreas rurales, es posible ver por medio de los huertos urbanos cómo emergen fenómenos de naturaleza neorrural en contextos netamente urbanos. De este modo, el objeto de análisis de los estudios neorrurales puede verse deslocalizado y ampliado, alcanzando nuevos espacios (ahora también urbanos), y nuevas dimensiones asociadas a las prácticas del universo simbólico neorrural.

Bajo la perspectiva de los estudios de ocio resulta interesante la naturaleza propia de la agricultura urbana como actividad que, asociada siempre a un fenómeno productivo, y nacida en el marco de la economía informal (e incluso *marginal*), es en el seno de las prácticas de ocio donde alcanza un potencial transformador de las prácticas y discursos sociales. La diversidad de usos y dimensiones que está implícita en el fenómeno de los huertos urbanos es muy amplia y motiva un interés transdisciplinar: experiencia lúdica, construcción identitaria, protesta política... Sin duda, es la puesta en marcha simultánea, de todo este conjunto de prácticas y discursos en transformación (otrora distribuidos en diversas esferas sociales, estancas entre sí) la que advierte de la novedad del fenómeno y obliga a su estudio.

Desde el punto de vista de las actuales dinámicas identitarias, es posible intuir en la agricultura urbana el ejemplo de una corriente mayor de actividades paralelas y de tiempo libre que tratan de lograr experiencias que, alentadas quizás por cierta nostalgia, terminan materializándose en actividades y maneras (qués y cómo) propias de una dinámica que camina entre lo moderno y lo posmoderno. Estas actividades, de ocio en algunos casos, retan la lógica de la urbanidad tardo-moderna, líquida y de consumo, en favor de la puesta en valor de otros usos y vivencias del espacio público: urbanos, desde luego, en su forma, pero caracterizados también por una apariencia de ruralidad, en la que cabe intuir la búsqueda de la solidez de un asidero identitario.

Como la sociología del consumo ha analizado hasta la saciedad, en las últimas décadas ha sido la solitaria relación del sujeto con las ofertas consumistas la que ha mediatizado mayoritariamente la experiencia de ocio, promoviendo estrategias de privatización del espacio urbano que han tenido trágicas consecuencias para la cohesión social (Bauman, 2007). El fenómeno de los huertos urbanos permite intuir indicios de una reacción tímida a esta fase de mediatización consumista del ocio, aún contrapuesta al *mainstream* pero prometedor, que augura relaciones inéditas con el espacio público, en las que la experiencia libre y gratificante del ocio sea factor y no impedimento de nuevas comunidades. Puede verse aquí el potencial político implícito en la profunda búsqueda de vivencias que según Schulze (2005) constituye el rasgo más característico de la sociedad tardo-moderna; búsqueda esta que hasta ahora se ha tratado de satisfacer en las dinámicas privatizadoras de un consumo exacerbado y que quizá ahora pueda emprender caminos menos peligrosos para los fundamentos de la convivencia.

## 6. Bibliografía

- AUGÉ, M. 2005. *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- BALLESTEROS, G. 1988. *La agricultura periurbana madrileña: los huertos madrileños en precario*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- BALLESTEROS, G. 2011. *Agricultura urbana y desarrollo sostenible. Presentado en el I Congreso Estatal de Agricultura Urbana y Periurbana. Huertos urbanos y desarrollo sostenible*. Elche: SEAE.
- BAUMAN, Z. 2004. *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- BAUMAN, Z. 2007. *Vida de consumo*. Madrid: Fondo de cultura económica.
- BENJAMIN, W. 2005. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

- BERRY, B. 1976. *Urbanization and counter urbanization*. Beberly Hills: Sage.
- CAPEL, H. 2002. *La morfología de las ciudades. Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona: Serbal.
- CHAMPION, A. 1991. *Counterurbanization : the changing pace and nature of population deconcentration*. Londres: Edward Arnold.
- DE PABLOS, J., y M. J. MORILLO, 2013. *La autenticidad como actitud neorrural: consumo y vida cotidiana a la luz del sistema de los objeto de Baudrillard*. Madrid: FES.
- DELGADO, M. 1999. *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- ETCGROUP.2009. “ ¿Quién nos alimentará?”. *ETCGROUP*, 17 de octubre. Obtenido el 25 de marzo de 2013.
- FAO. 1999. *La agricultura urbana y periurbana*. Roma: FAO.
- FARMING, U. 2012. “Garden Locations”. *Urbanfarming.org*. Obtenido el 14 de junio de 2013 ([link](#)).
- FERRÁS, C. 2007. “El enigma de la contraurbanización: Fenómeno empírico y concepto caótico”, *Revista Eure* 3398: 5-25.
- GARCÍA-CÓRDOVA, F. y L. T. GARCÍA-CÓRDOVA. 2005. *La Problematización. Etapa determinante en una investigación*. México: Instituto Superior de Ciencias de la Educación.
- GARDEN, C. 2004. “American Community Gardening Association”. *Communitygarden.org*. Obtenido el 19 de abril de 2013 ([link](#)).
- GERGEN, K. 2006. *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- GERMINANDO. 2013. “Mapa de los Huertos Urbanos en España”. *Germinado.es*, 8 de enero . Obtenido el 5 de agosto de 2013 ([link](#)).
- GUERRILLA, G. 2003. “Green Guerrillas: our history”. *Greenguerillas.org*. Obtenido el 23 de abril de 2013 ([link](#)).
- HALFACREE, K. 1994. “The importance of “the rural” in the constitution of the counterurbanization: Evidence from England in the 1980s”, *Sociología Ruralis* 342: 164-189.
- HIDALGO, J. L. 1997. *Investigación educativa: Una estrategia constructivista*. México: Castellanos.
- KING, B. 2007. “A Brief History of Allotments in England”. *BK - This and That*. Obtenido el 5 de agosto de 2013 ([link](#)).
- MAFFESOLI, M. 2004. *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México: Siglo XXI.
- MCKELVEY, B. 2009. “Community Gardening Toolkit”. *University of Missouri*. Obtenido el 5 de agosto de 2013 ([link](#)).
- MONFORT, R. 2011. “El aporte a la sostenibilidad de los huertos urbanos”. Presentado en el III Congreso de estudios de l’Horta Nord. Valencia: Universidad Politécnica de Valencia.
- Morán, N. 2011a. “Historia de los huertos urbanos. De los huertos para pobres a los programas de agricultura urbana ecológica”. Presentado en el I Congreso estatal de agricultura ecológica urbana y periurbana. Elche: SEAE.
- MORÁN, N. 2011b. “Regulación, participación y agricultura urbana. Análisis normativo y de modelos de gestión en Londres, Berlín y Madrid”. Presentado en el I Congreso Estatal de Agricultura Ecológica Urbana y Periurbana. Elche: SEAE.
- MORÁN, N., y J. FERNÁNDEZ. 2012. “Nos plantamos! Urbanismo participativo y agricultura urbana en los huertos comunitarios de Madrid”, *Hábitat y Sociedad* 4: 55-71.
- REHD-MAD. 2012. “Red de huertos urbanos de Madrid”. *redhuertosurbanosmadrid.wordpress.com* Obtenido el 6 de enero de 2013 ([link](#)).
- RIVIÈRE, L. 1905. *Huertos Obreros. La tierra y el taller*. Madrid: Saturnino Calleja.
- SCHULZE, G. 2005. *Die Erlebnisgesellschaft. Kultursoziologie der Gegenwart*. Frankfurt: Campus Verlag.
- SMIT, J., y J. Nasr. 1992. “Urban Agriculture for sustainable cities: Using wastes and idle land and water bodies as resources”, *Environment and Urbanization* 4(2): 141-152.
- TIME. 2013. Time. “Urban Farming around the World. City dwellers cultivate and provide fresh, organic produce to neighbors, friends and customers”. *Time.com*. Obtenido el 25 de agosto de 2013 ([link](#)).
- ZAAR, M.-H. 2011. “Agricultura urbana: Algunas reflexiones sobre su origen e importancia actual”, *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, XVI( 994).